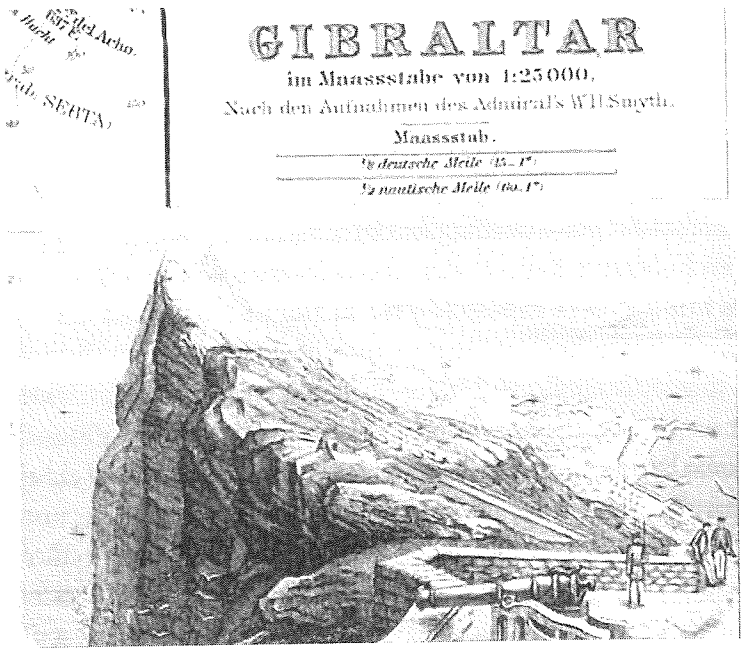
mientras que los del adversario tardaban casi tres minutos, lo que, lógicamente, duplicaba, y hasta triplicaba, la potencia de fuego británica.[134]



Gibraltar (según Gotha, 1855).

134. Esta consideración me trae a la memoria la noticia de un incidente ocurrido en el verano de 1994, aunque trascendió meses después. Un buque de la Armada española, la corbeta *Infanta Elena*, que participaba en unas maniobras conjuntas con Estados Unidos, Argentina, Brasil y Uruguay, en aguas del Atlántico Sur, embistió contra el destructor norteamericano *Stump* y luego, por si quedaba duda de su pericia marinera, disparó una andanada con tan mala fortuna que erró el blanco y fue a acertar en la fragata *Samuel B. Roberts*, igualmente norteamericana. En su descargo alegaban los de la *Infanta Elena* que el blanco era muy pequeño y apenas se divisaba en el agua, y que las tripulaciones no estaban suficientemente entrenadas por falta de presupuesto. Justamente lo que ocurría en los años que precedieron a Trafalgar. Así nos luce el pelo.

CAPÍTULO 78

El indeseable Deseado

Aquí se apareja ocasión propicia para hablar del primogénito del rey, el futuro Fernando VII. Es sabido que Dios, en su infinita sabiduría, muchas veces compensa la fealdad física de algunas de sus criaturas dotándolas de relevantes cualidades morales e intelectuales. Sin embargo, a Fernando VII, además de hacerlo feo («ese narizotas, cara de pastel», lo llamaban), lo hizo vil, falto de escrúpulos, rencoroso, miserable y taimado. No añado abyecto y felón porque son los adjetivos que usan casi todos los historiadores y no quisiera dar la impresión de que me dejo influir por ellos. Ya de príncipe se veía venir, aunque destacara más su zafia simpatía, su populachera llaneza, cuando acudía de incógnito a tabernas y *colmaos* para refocilarse con rameras baratas y trasegar vinazo en compañía de arrieros y majos.

Blasco Ibáñez retrata muy bien aquel ambiente: «España entera adoraba una trinidad tan respetable como la católica, compuesta por Fernando *el Deseado*, el exaguador Chamorro, bruto con suerte que tenía el privilegio de provocar la carcajada real relatando chuscadas del Matadero, y el duque de Alagón, personaje respetable y necesario para la felicidad del Estado, cuyas funciones consistían en llevar la cuenta de los conventos de monjas que esperaban la visita de S. M. y acompañar al monarca en sus excursiones nocturnas a casa de Pepa *la Naranjera* o alguna otra notabilidad manolesca, que tenía el privilegio de distraer el fasti-

dio de aquel a quien los predicadores de la época ponían en parangón con Dios».[135]

La familia de Carlos IV (retratada sin misericordia alguna por Goya en el famoso óleo) era un hervidero de ambiciones, de rencillas y de odios. Exceptuando al padre, un bendito que no se enteraba de nada, todos conspiraban contra todos, y la puñalada trapera y la zancadilla eran moneda cotidiana. Y mientras tanto, el interés de España, postergado como siempre.

El príncipe Fernando despreciaba a su padre y odiaba a su madre y a Godoy. ¿Por celos o por ambición de reinar? El caso es que, en su impaciencia por heredar el trono, se enredó en tratos secretos con los ingleses y preparó un golpe de Estado contra su padre. Cuando lo descubrieron, imploró el perdón paterno y, para demostrar la sinceridad de su arrepentimiento, delató a sus partidarios. El buenazo del rey lo perdonó.

Ya eran más de cien mil los soldados franceses acantonados en lugares estratégicos de España con el pretexto de ocupar Portugal. Había que ser muy lerdo para no advertir que Napoleón pretendía adueñarse del país. El plan del corso, según luego se supo, consistía en trasladar la frontera francesa al río Ebro y compensar a España de su pérdida con un trozo de Portugal (Carlomagno, mil años antes, intentó lo mismo, pero no ofreció nada a cambio). Godoy, alarmado por las tropas francesas que seguían entrando en España, ya sin las formalidades del principio, le vio las orejas al lobo y decidió enviar a los reyes a Sevilla, por si había que ponerlos a salvo en el extranjero. Agitadores a sueldo de Fernando, o vaya usted a saber de quién, soliviantaron a la plebe para que se amotinara e impidiera a los reyes abandonar su residencia en el Real Sitio de Aranjuez. Este motín de Aranjuez culminó con el asalto y saqueo de la casa de Godoy por el populacho o por el heroico pueblo en armas, según se mire. El Príncipe de la Paz, trémulo, se había ocultado en un desván, detrás de una alfombra. Lo descubrieron y se salvó del linchamiento por los pelos, rescatado en el último momento por sus guardias de corps.

135. Blasco Ibáñez, 2008, p. 30.

Carlos IV, aterrorizado, abdicó en su hijo Fernando, pero el amo virtual de España, el general francés Murat, lo obligó a firmar un decreto en el que anulaba su abdicación y recuperaba el poder. Es que Napoleón tenía otros planes.

El francés convocó en Bayona a la familia real. El rey, la reina, el príncipe y Godoy comparecieron prestamente, abyectos y serviles, y representaron, de buena gana, la vergonzosa comedia que Napoleón les iba dictando: Fernando abdicaba en su padre; Carlos IV abdicaba en Napoleón, y este, a su vez, traspasaba la corona de España a su hermano José Bonaparte.

El asunto parecía discurrir según el guion preparado por el corso, cuando en Madrid surgió un imprevisto que lo echó todo a rodar. Cuando las tropas francesas sacaban del Palacio Real al infante Francisco de Paula para llevarlo a Francia estalló un motín popular.

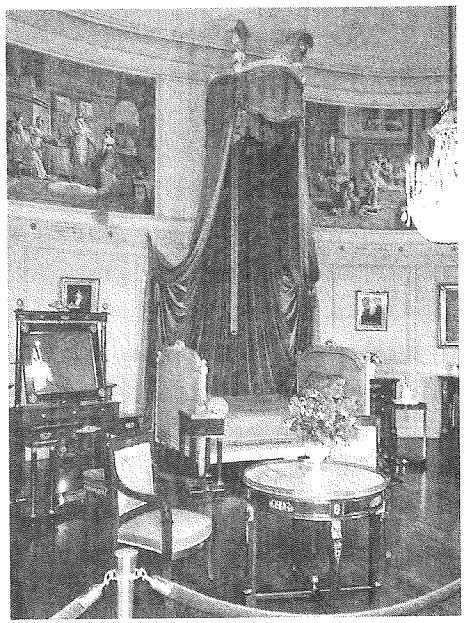
Era el 2 de mayo de 1808, el Dos de Mayo famoso. Al heroico pueblo en armas (en esta ocasión nadie lo llamó *chusma*) se unieron algunos destacamentos del ejército y los capitanes del parque de artillería Daoíz y Velarde. Goya retrató magistralmente dos escenas de aquella jornada: la carga contra el pueblo de los mercenarios egipcios a sueldo de los franceses, los mamelucos, en la Puerta del Sol, y los fusilamientos de la Moncloa de aquella misma noche, a la luz de los faroles.

La guerra de la Independencia había comenzado.

Mientras España se desgarraba, Fernando VII, su hermano y su tío, con un nutrido séquito de amigos y servidores, vivían por cuenta de Napoleón en el castillo de Valençay. Allí, el futuro rey de España entretenía sus ocios bordando y jugando al billar y a la lotería. También seguía, por la prensa y el correo, la marcha de la guerra de la Independencia y felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre los españoles. «No cesaba Fernando de pedirme una esposa de mi elección —recordaría el depuesto emperador desde su confinamiento en Santa Elena—: me escribía espontáneamen-

te para cumplimentarme siempre que yo conseguía alguna victoria; expidió proclamas a los españoles para que se sometiesen, y reconoció a José, lo que quizás se habrá considerado hijo de la fuerza, sin serlo; pero además me pidió su gran banda, me ofreció a su hermano don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban a Rusia, cosas todas que de ningún modo tenía precisión de hacer. En fin, me instó vivamente para que le dejase ir a mi corte de París.»

Esto da idea de la catadura moral del individuo. Napoleón, en su meditativo exilio, se lamentaba de haberlo retenido en Francia: tenía que haberlo dejado en libertad para que sus partidarios supiesen cómo era y se desengañaran.



Dormitorio de Fernando VII en su terrible prisión de Valençay.

CAPÍTULO 79

La guerra de la Independencia

Con la familia real prisionera de Napoleón, en el ruedo ibérico se produjo división de opiniones. Numerosos ilustrados admiradores de la cultura francesa (los afrancesados) aceptaron a José I, el hermano de Napoleón, pues, aparte de ser más presentable que cualquiera de los Borbones, les pareció que la nueva dinastía gala encarnaba el espíritu liberal y progresista de la Revolución francesa que España estaba necesitando. Y la verdad es que no iban descaminados, aunque resultara inaceptable el modo deshonroso como Napoleón se había apropiado de España, por medio de engaños y violencias.

Como los afrancesados, la Iglesia —que siempre ha tenido la vista larga y el paso corto, y sabe más por vieja que por Iglesia— también comprendió que un prolongado dominio francés acarrearía ilustración y progreso, todo lo que amenazaba sus privilegios y su papel como rectora de la sociedad.

La Iglesia disponía de medios sobrados: más de veinte mil púlpitos desde los que sembrar odio contra los invasores. Y se aplicó a ello con dedicación y empeño. El pueblo, que era volátil y tampoco necesitaba mucho para soliviantarse, se levantó en armas contra los gabachos. ¿Y las sabias y prudentes disposiciones de gobierno que mientras tanto tomaba José I en su papel de rey benéfico dispuesto a ganarse el corazón de sus súbditos? Ni se notaron. La propaganda patriótica lo difamó propalando toda clase de infundios sobre su persona, especialmente el de empinar el codo (¡y era completamente abstemio!).

Las niñas cantaban en las plazas:

Pepe Botella,
baja al despacho.
No puedo bajar,
que estoy borracho.

Más razonada parece la coplilla del pasquín que apareció pegado en una pared de la plazuela de San Javier:

Manolo, pon ahí abajo
que me cago en esta ley,
que aquí queremos un rey
que pronuncie bien «carajo».

Poco arreglo cabía. En distintas regiones se constituyeron juntas para organizar la resistencia. La de Andalucía logró reunir un ejército considerable, que derrotó a las tropas del general Dupont en Bailén. La inesperada victoria española desencadenó un efecto multiplicador: José I tuvo que abandonar Madrid y Napoleón, que había menospreciado la capacidad ofensiva de los españoles, tuvo que acudir personalmente para recuperar el terreno perdido.

A partir de entonces, el ejército español solo cosechó derrotas. Estaba visto que era insuficiente para enfrentarse contra las aguerridas y veteranas tropas napoleónicas que habían vencido a todos los ejércitos europeos. Entonces, recurrió a la vieja táctica de las guerrillas: hostigamiento continuo del enemigo, asalto a sus correos...

Napoleón, en su amargo exilio de la isla de Santa Elena, reprocharía a la úlcera española la ruina de su Imperio, pues le obligó a invertir en España hombres y recursos que necesitaba en otros lugares. Esto, se comprende, nos llena de legítimo orgullo, pero el lector escéptico hará bien en creer que España ganó el premio *ex aequo* con Rusia, cuyo «general Invierno» aniquiló al mayor ejército francés, casi medio millón de hombres, que se dice pronto. Y tampoco conviene olvidar que el ejército que verdaderamente derrotó a Napoleón en los campos de batalla españoles fue el inglés de Wellington, desembarcado en Portugal.

José I Bonaparte.

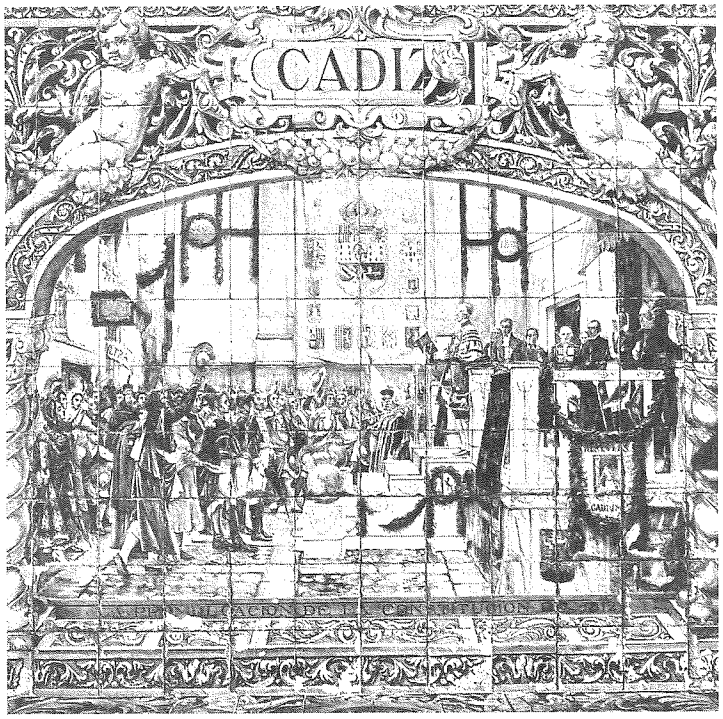
En la guerra de la Independencia, por esos azares de la historia, el pueblo soberano estuvo nuevamente en condiciones de tomar decisiones por vez primera desde que los comuneros fueran aplastados en Villalar, tres siglos atrás. Huérfana de reyes y libre de intereses dinásticos, España pudo trazar su propio destino.

En Cádiz, única población que, debido a su condición casi insular, no había caído en poder de los franceses, se reunió un Parlamento de emergencia, las Cortes, y redactó la Constitución de 1812, inspirada en las ideas progresistas y liberales de la Revolución francesa (y eso que buena parte de sus componentes eran curas).

La flamante Constitución limitaba los poderes del rey y otorgaba la representación del Estado a un Parlamento, sin privilegios para la Iglesia o la aristocracia, las dos columnas del Antiguo Régimen en las que se apoyaba la monarquía.

Paradójicamente, los diputados de Cádiz y José Bonaparte coincidían en buscar el bienestar de los españoles, una mayor jus-

ticia social, la modernización del país y la abolición de los privilegios de clase. Esta coincidencia en el programa fue fatal para los liberales porque, expulsados los franceses, el patriotismo se confundió, más que nunca, con la carcundia, el inmovilismo y la superstición. El Antiguo Régimen volvía por sus fueros en el ancestral contubernio de la Corona y la Iglesia.[136]



Promulgación de la Constitución
(azulejo en la plaza de España de Sevilla).

136. En mi afán por resumir la historia de España me adelanto a los acontecimientos, lo sé. Este vocablo, «carcundia», se refiere al colectivo de los *carcas*, o sea, a las personas con ideas retrógradas e inmovilistas, una característica del paisanaje español desde Atapuerca, aunque el vocablo surgiera a mediados del siglo XIX como simplificación de *carlista*.

CAPÍTULO 80

«¡Vivan las cadenas!»

Derrotado Napoleón, Fernando VII regresó triunfalmente a Madrid para instalarse en el trono. El Borbón más infame fue recibido en olor de multitudes: agasajos, arcos de triunfo, guirnaldas, pésimas odas pergeñadas por vates locales, marchas triunfales, repique de campanas... Como remate, al llegar a Madrid, una entusiasta turba de mujeres con vocación de burras desenganchó los caballos de la carroza para arrastrarla ellas mismas hasta el Palacio Real.

Stendhal había escrito: «Las personas que uno honra son solamente bribones que han tenido la fortuna de no ser sorprendidos en el acto» (*El rojo y el negro*).

Fernando VII se limpió el trasero con la Constitución de 1812 (me hago cargo de que la expresión es muy ordinaria, pero a él le habría encantado) y persiguió a muerte a los liberales. Los afrancesados, acusados de haber colaborado con el gabacho, se vieron obligados a poner tierra por medio. Unos se refugiaron en Francia; otros, en Inglaterra. Incluso Goya, que había denunciado las brutalidades del invasor en su serie *Los desastres de la guerra* y en sus óleos históricos, y que había retratado a Fernando VII a poco de regresar, tuvo que exiliarse y murió en Burdeos.[137]

137. Fernando VII se hizo retratar por Goya con los atributos reales: manto de armiño, toisón de oro y cetro. Todos falsos, prestados por el cómico Isidoro Máiquez del baúl de su atrezo. Es que los franceses habían arramblado con los originales.

ESPAÑOLES.

Cuando vuestros heróicos esfuerzos lograron poner término al cautiverio en que me retuvo la mas inaudita perfidia, todo cuanto ví y escuché, apenas pisé el suelo patrio, se reunió para persuadirme que la Nacion deseaba ver resucitada su anterior forma de Gobierno; y esta persuasion me debió de idir á conformarme con lo que parecia ser el voto casi general de un pueblo magnánimo que triunfador del enemigo extrangero, temia los males aun mas horribles de la intestina discordia.

No se me ocultaba sin embargo que el progreso rápido de la civilizacion europea, la difusion universal de luces hasta entre las clases menos elevadas, la mas frecuente comunicacion entre los diferentes paises del globo, los asombrosos acaecimientos reservados á la generacion actual, habian suscitado ideas y deseos desconocidos á nuestros mayores, resultando nuevas é imperiosas necesidades: ni tampoco dejaba de conocer que era indispensable amoldar á tales elementos las instituciones políticas, á fin de obtener aquella conveniente armonía entre los hombres y las leyes, en que estriba la estabilidad y el reposo de las sociedades.

Pero mientras Yo meditaba maduramente con la solicitud propia de mi paternal corazon las variaciones de nuestro régimen fundamental, que parecian mas adaptables al caracter nacional y al estado presente de las diversas porciones de la Monarquía española, así como mas análogas á la organizacion de los pueblos ilustrados, me habeis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella Constitucion que entre el estruendo de armas hostiles fue promulgada en Cádiz el año de 1812, al propio tiempo que con asombro del mundo combatiais por la libertad de la patria. He oido vuestros votos, y cual tierno Padre he condescendido á lo que mis hijos reputan conducente á su felicidad. He jurado esa Constitucion, por la cual suspirábais, y seré siempre su mas firme apoyo. Ya he tomado las medidas oportunas para la pronta convocacion de las Cortes. En ellas, reunido á vuestros Representantes, me gozaré de concurrir á la grande obra de la prosperidad nacional.

Españoles: vuestra gloria es la única que mi corazon ambiciona. Mi alma no apetece sino veros en torno de mi Trono unidos, pacíficos y dichosos. Confiad, pues, en vuestro Rey, que os habla con la efusion sincera que le inspiran las circunstancias en que os hallais, y el sentimiento intimo de los altos deberes que le impuso la Providencia. Vuestra ventura desde hoy en adelante dependerá en gran parte de vosotros mismos. Guardáos de dejaros seducir por falaces apariencias de un bien ideal, que frecuentemente impiden alcanzar el bien efectivo. Evitad la exaltacion de pasiones, que suele transformar en enemigos á los que solo deben ser hermanos, acordes en afectos como lo son en religion, idioma y costumbres. Repeled las pérfidas insinuaciones, halagueñamente disfrazadas, de vuestros emulos. Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional: y mostrando á la Europa un modelo de sabiduría, orden y perfecta moderacion en una crisis que en otras naciones ha sido acompañada de lágrimas y desgracias, hagamos admirar y reverenciar el nombre Español, al mismo tiempo que labramos para siglos nuestra felicidad y nuestra gloria. Palacio de Madrid 10 de Marzo de 1820.

FERNANDO.

Texto de la jura de la Constitución por Fernando VII.

Fernando VII contaba con el apoyo de la Iglesia y de las clases más reaccionarias del país. No tuvo dificultad para gobernar despóticamente. Sus seguidores lo aplaudieron incluso cuando reinstauró la Inquisición, cerró las universidades y acabó con la prensa libre. Además, suprimió el Consejo de Estado y gobernó personalmente, auxiliado por una «camarilla» (así se llamó) integrada por sus amigotes, algunos de ellos carentes de una mínima instrucción, y no lo digo por el canónigo Sáiz, que algo de latines sabría, sino por el aguador Chamorro y el esportillero Ugarte. Pero adulaban al encanallado tirano, incluso haciéndole creer que era imbatible en el juego del billar, de donde procede el dicho: «Así se las ponían a Fernando VII». Se refiere a las bolas de billar, para que se luciera con carambolas fáciles.

En fin. Para terminar el cuadro: mientras la corrupción administrativa y el trapicheo dominaban la vida nacional, la policía perseguía el menor vestigio de liberalismo. A todo esto, Carlos IV y su esposa solicitaban, desde su exilio romano, que se les permitiera regresar a España para pasar aquí su vejez, pero Fernando, tan miserable como siempre, no lo consintió y los mantuvo en un mediano pasar. Godoy les fue tan fiel en el exilio como lo había sido en los días de gloria.

Las colonias de América, que habían gustado el sabor de la libertad durante el aislamiento impuesto por la guerra napoleónica, decidieron que ya eran mayorcitas para gobernarse solas. Engolosinadas con el ejemplo de su próspera hermana mayor, Estados Unidos de América, estallaron en movimientos independentistas: Bolívar, en el norte, y San Martín, en el sur, derrotaron a las guarniciones españolas.

Fernando intentó enviar un ejército para la reconquista de las colonias perdidas, pero la tropa que tenía que embarcar se sublevó en Cabezas de San Juan al mando del general Riego, en un pronunciamiento o golpe de Estado de signo liberal.

Fernando, creyéndose perdido, transigió con los principios liberales y juró nuevamente la Constitución que había abolido años atrás: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la sen-

da constitucional», proclamó cínicamente. Era la desvergüenza y el pragmatismo encarnados (en esto se adelantaba a muchos políticos de nuestro tiempo): cualquier infamia con tal de mantenerse en la poltrona. Pero la procesión iba por dentro, como le recordaba el *Trágala, perro*, la grotesca cantinela de los liberales que iban saliendo de sus alcantarillas. Fueron los felices y breves tiempos del «¡Viva la Pepa!», el grito liberal alusivo a la Constitución de 1812, conocida como *la Pepa* porque se promulgó el día de San José.

Este segundo intento de liberalizar España fracasó como el anterior. Los liberales no tenían experiencia de mando ni contaban con partidarios suficientes para desactivar el sistema autoritario. Por otra parte, tenían que lidiar con la Iglesia y los estamentos privilegiados. Demasiado morlaco para un torero primerizo. Además, estaban divididos en varias tendencias, que se entorpecían mutuamente. Dieron espacio sobrado para que actuara la Santa Alianza, una internacional reaccionaria europea que había entronizado de nuevo a los Borbones en Francia y perseguía las ideas disolventes (eso de libertad, igualdad y fraternidad) que la Revolución francesa y las logias masónicas habían sembrado en Europa.

La Santa Alianza envió un ejército a restaurar el absolutismo en España. Otra vez tropas francesas cruzaron los Pirineos e invadieron España, los Cien Mil Hijos de San Luis, que no fueron tantos ni tan santos como da a entender su patronazgo, aunque, eso sí, su intervención fue mano de santo. Como esta vez la francesada le convenía, la Iglesia se guardó mucho de soliviantar al pueblo contra los nuevos invasores. La expedición resultó un agradable paseo militar. Fernando VII volvió a gobernar como un tirano y los liberales tuvieron que hacer nuevamente las maletas camino del exilio. Esta vez solo a Inglaterra; que la Francia borbónica se había vuelto peligrosa.

Después de este episodio, las colonias americanas alcanzaron la independencia. Aquel Imperio español, en el que antaño no se ponía el sol, quedaba reducido a Cuba y Filipinas. Por el momento.

CAPÍTULO 81

Las mujeres de Fernando

Fernando VII era rencoroso y, como gozaba de excelente memoria, no olvidó las angustias pasadas durante la revolución liberal. En los diez años siguientes, la Década Ominosa (1823-1833), instauró un Estado policíaco y persiguió sañudamente cualquier brote de liberalismo.

En vista de que pintaban bastos, los liberales se mantuvieron al pairo, en el exilio, aunque algunos intentaron derrocar al régimen y organizaron un par de desembarcos suicidas, que fracasaron estrepitosamente.

A la postre, el único liberalismo posible fue el que Fernando toleró, muy a pesar suyo, por razones prácticas, cuando comprobó que los ministros más afines a su pensamiento eran unos ineptos, y más le valía confiar en otros más enterados del funcionamiento del Estado, aunque pecaran de liberaloides.

Esta apertura, aunque tímida, le granjeó la enemistad de los carcas, clericales e inmovilistas más intransigentes, «gentes que reunían la doble bestialidad de ser católicos y de ser carlistas», como escribe Pío Baroja.[138] Estos se agruparon en torno al hermano menor del rey, el infante don Carlos, un meapilas tan ambicioso y enredador como Fernando, que aspiraba a sucederlo en el trono.

Ya que aparece Carlos, quizá sea el momento de volver sobre el asunto de la Pragmática y de la Ley de Sucesión, puesto que enseguida acarreará las estúpidas y sangrientas guerras carlistas.

138. Pío Baroja, *Zalacaín el aventurero.*